

En este libro se narra la aventura de Tinka, un niño perteneciente al pequeño pueblo de los arbustos, cuyos miembros se conocen comúnmente como bosquimanos.

Los bosquimanos, expulsados de tierras fértiles por tribus guerreras, han encontrado un último refugio en las reseca arenas del desierto de Kalahari, en el sur de África. Allí han podido sobrevivir gracias a su valor, su energía infatigable, su paciencia sin límites y su agudo ingenio.

En la sociedad de los bosquimanos no existe envidia a causa de las riquezas, pues todo lo comparten. Las familias están unidas por fuertes lazos de cariño, y entre todos los componentes de cada poblado se mantiene una lealtad a toda prueba.

Los bosquimanos poseen una viva imaginación, manifestada en las hermosas narraciones, mezcla de fantasía y de observación de costumbres de animales, que se relatan unos a otros junto al fuego. Igualmente, las leyendas sobre la creación del mundo y la acción que sobre él ejercen buenos y malos espíritus forman parte importante de sus vidas.

Físicamente se diferencian de sus vecinos por su corta estatura y el color pardo-amarillento de su piel.

# 1

La noche estaba serena y luminosa y las estrellas brillaban alegremente. Tinka no podía entender que el cielo continuara siendo hermoso cuando en su corazón había tanta tristeza. Su padre y él estaban sentados a la puerta de la choza, muy juntos. Dentro, la madre cantaba para la pequeña Wo, que quería, y no podía, dormirse.

Tinka estaba triste porque Deneke, su padre, marcharía a la mañana siguiente. Todos los hombres del poblado se irían al amanecer, y también los muchachos, incluso los que todavía estaban en la escuela de iniciación.<sup>1</sup> Todo aquel que supiera manejar un arco y fuera capaz de caminar a buen paso desde el alba hasta el anochecer, partiría al día siguiente. Era necesario porque el agua y los alimentos que aún podían encontrarse en el desierto estaban agotándose.

Sucedía que aquel año las nubes no habían querido acercarse al campamento de las gentes del pequeño pueblo de los arbustos. Los hombres, las mujeres y los niños les suplicaban que se apiadaran de ellos porque

---

1. Iniciación: Tiempo de aprendizaje durante el cual los jóvenes varones se preparan para convertirse en adultos.

necesitaban las lluvias que guardaban en sus vientres; pero las nubes permanecían en la línea del horizonte, sordas e indiferentes a los ruegos de las gentes del pequeño pueblo.

Y mientras tanto la tierra se moría de sed, las plantas no conseguían nacer y, como no había hierba nueva, los antílopes habían terminado por marcharse.

Por todo esto la gente del pequeño pueblo de los arbustos, que «vivía» en el desierto de Kalahari, decidió buscar un nuevo lugar para establecerse mientras durara la sequía. Irían en la dirección del gran río Nossob, porque era allí donde el agua vivía permanentemente. Primero marcharían los hombres, y, cuando hubieran levantado un nuevo campamento, regresarían para llevarse con ellos a los ancianos, las mujeres y los niños.

—¿No es en la dirección del río Nossob donde viven los *hotentotes*? —preguntó Tinka.

—Sí, es en esa dirección —respondió su padre.

—Pero ¿los hotentotes no son nuestros mayores enemigos?

—Son unos de nuestros mayores enemigos.

—Entonces, ¿por qué marcháis hacia donde ellos viven? ¿Por qué no marcháis justo en dirección contraria?

—En dirección contraria marchan ya las gentes de otros poblados del desierto; además, también tenemos enemigos en dirección contraria.

Se hizo un profundo silencio. Tinka tomó la mano de su padre y dejó caer la cabeza sobre su hombro. Pensaba que no era justo que la gente del pueblo de los arbustos, que por naturaleza era tan pacífica, tuviera enemigos en todas direcciones. Lo que sucedía era que

muchos los despreciaban porque tenían pequeños los cuerpos: «A corta estatura, miserables sentimientos», eso era lo que algunos decían. Tinka lo sabía porque su padre se lo había explicado, y también sabía que tal cosa no era cierta.

—¿Y los hotentotes son muy numerosos? —preguntó con inquietud.

—No demasiado... —respondió su padre; y luego, para tranquilizarlo, añadió—: Y se mueren de miedo cuando piensan en nuestras flechas envenenadas. Además, llevamos regalos para calmarlos: sonajas de danza y collares de cuentas de colores.

Tinka sonrió. Se sentía mucho más tranquilo: los alegres cascabeles, que estaban hechos con capullos de mariposa gigante y trocitos de cáscara de huevos de avestruz, y las larguísimas sartas de cuentas de barro cocido y hermosamente pintado, gustaban a todo el mundo.

—¿Y cuándo regresaréis? —preguntó.

—Más o menos cuando la luna se llene otra vez —contestó su padre.

Tinka se sobresaltó: para eso faltaba mucho tiempo, porque la luna acababa de llenarse; para eso faltaba un puñado de días, un enorme racimo de días, más días que los dedos de sus pies y sus manos juntos.

—No quiero que te vayas —protestó ahogando un sollozo, mientras se apretaba contra el cuerpo de su padre. En aquellos momentos se sentía muy pequeño.

—Pero si no me voy, no podré regresar —dijo Deneke, y Tinka lo miró con asombro, sin entender sus palabras.

—¿Cuál es la mejor época del año? —preguntó luego su padre.

–¡La época de las visitas! –respondió Tinka vivamente; pero enseguida bajó los ojos entristecido: la época de las visitas era la que seguía a las grandes lluvias, cuando florecía el desierto, rebosaban las charcas de aguas nuevas y había caza de sobra. Entonces las gentes del pequeño pueblo se ponían en camino, únicamente por placer, para visitar a los amigos que vivían en otros poblados. ¡Qué alegremente marchaban cargados de regalos...! Así había sido todos los años; este, sin embargo...

–¡La época de las visitas! –repitió su padre dejando a un lado la melancolía—. Y nos alegramos recibiendo o visitando a los amigos, porque no siempre están con nosotros. ¿Lo entiendes, Tinka? Mira, no pienses en la tristeza que tendrás cuando partamos, sino en el gozo que tendrás cuando regresemos... ¿no te lo imaginas? Volveremos con caza y con agua, y cuando nos hayamos repuesto del cansancio de la caminata, nos iremos otra vez, todos juntos, hacia el lugar que hayamos elegido y viviremos siempre felices.

Tinka, que había comenzado a imaginar la alegría que iba a sentir a la vuelta de su padre, sufrió un nuevo sobresalto:

–¿Para siempre? ¿Viviremos en ese lugar para siempre? ¿No regresaremos nunca a nuestra tierra?

–Regresaremos cuando las lluvias regresen.

Tinka suspiró con alivio y enseguida suplicó:

–Déjame ir contigo, soy capaz de caminar un día entero, y ya manejo el arco bastante bien, puedo practicar por el camino... Tengo once años, soy el mayor de los niños pequeños, ya casi soy un niño grande.

El padre le acarició la cabeza lentamente, y alzándole la barbilla le miró a los ojos; después, comenzó a decir:

–Si tú vinieras con nosotros...

Y de repente Tinka recordó algunos de los juegos bobos con los que se entretenía, y cómo, a veces, interrumpía a su madre mientras trabajaba haciéndole preguntas sin sentido. «No seas tontito», decía ella. Realmente no se había portado como un niño grande.

«Si tú vinieras con nosotros, serías un verdadero estorbo», eso era lo que iba a decir su padre.

Pero Tinka se equivocaba:

–Si tú vinieras con nosotros, ¿quién protegería a los ancianos y a los niños pequeños cuando las mujeres estén en el desierto buscando raíces y bulbos para la comida? –preguntó su padre sin dejar de mirarle a los ojos. Y enseguida añadió–: Y si hablaran las nubes durante nuestra ausencia y regresaran los grandes animales, ¿quién iba a procurar caza al campamento? Las mujeres no son cazadoras y los ancianos apenas tienen fuerzas. Y por las tardes, si tú vinieras con nosotros, ¿quién iba a revisar las cercas para ver si se habían abierto huecos en los espinos? Las mujeres ya tienen bastante con recorrer el desierto todo el día, preparar la cena y dormir a los niños.

Se hizo un corto silencio y, por último, el padre dijo:

–Cuando revises las cercas, no te olvides de llevar siempre contigo el palo de cazar, y ten el arco siempre a punto. Cuando nos marchemos, serás el único cazador.

Un sentimiento nuevo se adueñó del espíritu de Tinka: de pronto se sabía necesario para la gente de su



pueblo; y tal cosa le enorgullecía, aunque también le asustaba un poco. Estaba pensando en ello cuando su padre volvió a hablar:

–Tinka, desde ahora tú serás el guardián de nuestro poblado –dijo, y quitándose un amuleto que siempre llevaba al cuello fue a ponerlo en el de su hijo.

A Tinka la emoción le recorrió el cuerpo entero, y por fin se le detuvo en la garganta: con aquel amuleto su padre le entregaba su cariño y su protección; con él, recibía el ánimo y la fuerza del cazador. Quería decir lo mucho que significaba para él, pero no halló las palabras.

\* \* \*

Los hombres marcharon al amanecer. Los niños, las mujeres y los ancianos estuvieron contemplándolos hasta que sus figuras desaparecieron detrás de la línea del horizonte.

–Volveremos cuando se llene otra vez la luna –dijeron con los últimos abrazos. Sin embargo, en el poblado todo el mundo, excepto los niños, sabía que tal cosa era mucho más un deseo que una promesa, porque el hambre, la sed, y, sobre todo, los enemigos, podrían impedirselo.

No obstante, no era la gente del pequeño pueblo muy dada a las lamentaciones: los hombres y los muchachos habían marchado, pero los niños y los ancianos continuaban allí y había que alimentarlos; por eso las mujeres y las muchachas, apenas el polvo que quedaba a espaldas de los hombres se hubo asentado, tomaron el palo de excavar y salieron en busca de bulbos y raíces.



Los niños se secaron las lágrimas y comenzaron a jugar.

–¡Ven con nosotros, Tinka! –gritaron.

Pero Tinka cogió el arco y comenzó a ejercitarse. Aún seguía teniendo once años, pero ya no pertenecía al grupo de juego de los pequeños. Ahora era el único cazador, el guardián del campamento.

## 2

Hacia el mediodía Tinka fue a reunirse con los otros niños. Estaban tumbados a la sombra de una acacia y no paraban de quejarse:

–¡Qué calor...!

–El aire quema...

–¿Por qué no se acercarán las dichosas nubes...?

–Yo odio a las nubes...

–Pues yo odio al sol –dijo Tinka–. El sol quiere matarnos. Lo que no entiendo es por qué Nadima tuvo que ponerlo precisamente allí, en todo lo alto.

Los otros niños se escandalizaron:

–¡Calla, Tinka, no sea que Nadima te oiga! Ya sabes que el sol es su criatura favorita.

Nadima era el nombre del dios en el que creía la gente del pequeño pueblo. Había creado cuanto existía en el cielo y en la tierra, y además podía escuchar y ver todo. Cuando algo no le agradaba, se enojaba muy seriamente.

Pero Tinka no era de los que se callaban:

–¡Pues no lo entiendo! –repitió.

–No fue Nadima quien puso al sol en mitad del cielo –comenzó a decir el anciano Wakawe, incorporándose sobre la estera de hierbas trenzadas en la que echaba la siesta.

Los niños también se incorporaron y lo miraron interesados.

Wakawe era, entre todos los ancianos y ancianas del poblado, el preferido de los niños: tenía respuestas a cualquier pregunta y en su memoria guardaba un enorme racimo de maravillosas historias.

Cuando sus padres marchaban de caza y sus madres y sus hermanas mayores salían a recolectar plantas y frutos para la cena, los niños decían:

–Por favor, que nos cuide Wakawe.

Y el anciano Wakawe siempre aceptaba, encantado de vigilar los juegos de los niños.

–Al principio de todo, cuando Nadima creó el mundo, el sol vivía en la tierra y solo iluminaba a una pequeña parte de ella, la que estaba justo delante de su casa –continuó diciendo Wakawe–. Entonces no hacía calor, pero casi toda la tierra estaba a oscuras.

»Cierta día, unos niños del pueblo de los arbustos se acercaron al sol de puntillas y lo echaron con fuerza hacia arriba para que iluminara todo el mundo.

»El sol fue a caer al cielo, y, como no sabía bajarse, allá arriba se quedó, contemplando la tierra. Estaba tan enfadado, que se puso a cavilar la manera de castigar a los niños.

»Tenéis que saber que, por aquellos tiempos, las serpientes no eran enemigas de la gente del pequeño pueblo, y, entre todas, había una a la que tenían en gran estima. Se trataba de la Serpiente de las Aguas. A su paso brotaban arroyos y riachuelos, de manera que los prados estaban siempre verdes y había frutas en los árboles durante todo el año.

»Y un día, al sol, que contemplaba los alegres movimientos de la serpiente, se le ocurrió la manera de castigar a los niños que lo habían arrojado al cielo: se arrancó algunos de sus rayos más fuertes, los convirtió en serpiente de fuego y la envió a la tierra. La Serpiente de Fuego era violenta, y lo primero que hizo fue desafiar a la Serpiente de las Aguas; pero esta era pacífica y no quiso pelear con ella. Entonces la Serpiente de Fuego la hizo huir, persiguiéndola durante días y días, hasta que la Serpiente de las Aguas consiguió ocultarse.

»Entonces la Serpiente de Fuego se puso tan furiosa, que quemó la hierba de las praderas y la mayor parte de los árboles; además hizo que se secaran los riachuelos y arroyos que la Serpiente de las Aguas había hecho brotar. Desde entonces el lugar en el que vive la gente del pequeño pueblo de los arbustos se llama desierto.

El anciano Wakawe dejó vagar la mirada por la ardiente y arenosa llanura, salpicada de matorrales espinosos, que se extendía ante sus ojos, suspiró profundamente y por fin concluyó:

—Y ahora ya lo veis, la mayor parte del año no tenemos hierba, y solo unos pocos árboles nos proporcionan sombra. Durante la época del gran calor, cuando no hay nubes que nos alivien ni lluvias que nos refresquen, el sol nos arroja los más fuertes de sus rayos y se burla de nosotros, riendo desde lo alto; pero no fue Nadima quien lo puso allí en mitad del cielo.

Cuando la historia terminó, los niños elevaron sus ojos resentidos hacia el sol, y Tinka le mostró con indignación el puño cerrado, y luego preguntó:



—¿Y dónde está ahora esa malvada Serpiente de Fuego?

—Hace mucho tiempo que está muerta. Llegaron las grandes lluvias y se ahogó; pero lo que ella quemó, siguió quemado —explicó el anciano.

—¿Y qué ha ocurrido con la Serpiente de las Aguas, se ha muerto también?

El anciano Wakawe negó con la cabeza.

—Y entonces, ¿dónde vive? —quiso saber Tinka.

—Más allá del desierto, en un lugar cercano al lago Ngami —explicó Wakawe, y volvió a tenderse sobre su estera.

Los niños también se tumbaron y, después de hablar durante algún tiempo de la serpiente, se quedaron dormidos. Hacía mucho calor y no despertaron hasta el atardecer.

Al atardecer, Tinka cogió otra vez su arco y su palo de cazar y fue a revisar la cerca de espinos.

\* \* \*

Pasaron los días, muchos, todos lentos e iguales. La luna volvió a llenarse y los hombres no regresaron.

Todas las tardes los ancianos, las mujeres y los niños miraban ansiosos hacia la línea del horizonte.

—Los veremos venir en cualquier momento —decían.

La luna comenzó a decrecer y los hombres continuaban sin llegar.

—Aparecerán un día de estos, no dijeron que vendrían justo el mismo día en el que la luna se llenara; más o menos, eso fue lo que dijeron.

Estas cosas y otras semejantes se decían unos a otros la gente del pequeño pueblo.

Pero los niños no paraban de hacer preguntas, y sus madres no sabían qué responderles:

–¡Bah, se habrán entretenido...!

–Bueno, quizá haya muchísima caza y no quieran desaprovecharla...

A los niños no les satisfacían las respuestas de las madres:

–¿Y tú qué piensas, Wakawe? –preguntaban.

El anciano Wakawe no quería inquietarles, pero tampoco quería mentirles:

–El río Nossob está muy lejos, puede que hayan calculado mal y se necesite más tiempo para llegar hasta aquí –respondía.

Los niños tampoco quedaban satisfechos con estas respuestas, por eso insistían y los pensamientos daban vueltas en sus cabezas:

–¿Y no será que Uwabe ha borrado los caminos que conducen al río Nossob?

–Podiera ser –respondía Wakawe.

Podía ser, porque Uwabe, que era un duende que recorría el desierto montado en un antílope, no le tenía ninguna simpatía a la gente del pequeño pueblo.

–¿O será que los chismosos babuinos han oído las conversaciones de los cazadores y han avisado a los animales para que huyan? –preguntaban.

–También pudiera ser –decía Wakawe, y sinceramente lo pensaba, porque los babuinos no solo entendían el lenguaje de todos los animales, sino también el de los hombres; además, les encantaba contarle todo.

–Esos dichosos babuinos, que todo lo hablan... –se indignaban los niños.

Los niños pasaban los días cavilando sobre el retraso de sus padres. Había un pensamiento que no querían admitir, pero que de cuando en cuando les asaltaba: ¿y si sus padres y sus hermanos mayores no regresaban nunca?, ¿y si estuvieran todos muertos...?

Cuando los niños se sentían oprimidos por tan terrible inquietud, se ponían a jugar como locos. Jugaban a ser leones furiosos o babuinos endiablados, y saltaban gritando o rugían durante mucho rato. Y así, formando barullo, conseguían no oír aquellas voces interiores que tanto les angustiaban.

A Tinka, sin embargo, que ya no jugaba, le costaba mucho más tiempo y mucho más trabajo ahogar sus temores.

Con el paso de los días, las inquietudes de la gente del poblado de los arbustos fueron en aumento.

«Volverán, acabarán por volver; lo mismo que volverán las nubes y hablarán las lluvias», se decía Tinka a sí mismo mientras continuaba ejercitándose con el arco.

Pero la vida en el poblado se fue volviendo más y más difícil: el agua de las charcas se agotó casi por completo y ya solo podían obtener bebida del jugo de algunas plantas; pero las plantas, también escaseaban.

Una tarde las mujeres regresaron del desierto con las cestas medio vacías. Los niños miraron a sus madres con los ojos asustados.

–Mañana encontraremos muchas más raíces y muchos más bulbos –dijeron las mujeres.



–Mañana tenderemos trampas para cazar animales pequeños –dijeron los ancianos.

Pero al día siguiente las cestas de las mujeres también volvieron medio vacías, y no cayó ni un solo animal en las trampas.

Fue la primera vez que Tinka pensó que tenía que hacer algo, porque él era el guardián del poblado. «¿Pero qué?», se preguntaba.

Se le ocurrió de pronto, fue como la luz de un relámpago cuando rompe la oscuridad de la noche: ¡la Serpiente de las Aguas! Si consiguiera traerla de vuelta, el desierto florecería, regresarían los animales y la gente de su pueblo no tendría más hambre.